

Grito y canto

En memoria de Dietrich Bonhoeffer con motivo del centenario de su nacimiento y del 60 aniversario de su martirio¹

Martha Zechmeister,
Universidad de Passau
Centro de Reflexión Teológica,
San Salvador

“Sólo quien grita en favor de los judíos tiene derecho a entonar cánticos gregorianos”². Debido a su uso excesivo, se ha evaporado buena parte de la fuerza explosiva de esta tesis mordaz de Dietrich Bonhoeffer. En ella se resume su intervención incondicional en defensa de los judíos, víctimas del régimen nazi, y nos confronta de manera radical con el núcleo candente de la espiritualidad y la mística cristiana.

Desde 1935, Bonhoeffer fue director del seminario del ala radical de la “Iglesia Confesante”³, en Finkenwalde, seminario que fue declarado ilegal poco después de su fundación. En esos años, junto con los vicarios a los que formaba,

1. Dietrich Bonhoeffer nació el 4 de febrero de 1906, en Breslau, y fue ahorcado en la madrugada del 9 de abril de 1945, en el campo de concentración de Flossenbürg, junto a otros miembros de la Resistencia.
2. Esta frase, que ha llegado a nuestros días sólo en forma oral, data, según recuerda Eberhard Bethge, del año 1935 cuando, a causa de las leyes de Nuremberg, privaron a los judíos del derecho a la nacionalidad alemana, se prohibieron los matrimonios entre arios y no arios y se expulsó a los judíos de todos los sectores públicos. *Cfr.* E. Bethge. *Dietrich Bonhoeffer. Eine Biographie*, Gütersloh, 8 2004, p. 685, comentario 37a.
3. El Estado nacionalsocialista, con ayuda de los “Cristianos alemanes”, una agrupación vinculada a la NSDAP, intentó asimilar a la Iglesia protestante. En el seno de la

descubrió y practicó la belleza de la liturgia gregoriana. Pero a pesar de la musicalidad de las antiguas formas, Bonhoeffer, sensible a la estética, nunca cayó en la tentación de huír de la cruda realidad para encontrar refugio en el “sueño hipnotizado del espíritu”. Dichas formas estéticas más bien agudizaron su sensibilidad frente a la barbarie y su responsabilidad hacia las víctimas: “De una vez por todas, hay que acabar con la inacción y el disimulo, que se justifican teológicamente, frente a la acción del Estado. En definitiva, no es más que miedo. ‘Abre tu boca en favor del mudo’. ¿Quién sabe hoy en la Iglesia que ésta es la exigencia mínima de la Biblia para nuestro tiempo?”⁴.

¿Qué significan estas afirmaciones, en el contexto de nuestra época postsecular? Pareciera que, desde el fin del milenio, ni siquiera en las sociedades secularizadas está ya de moda una negación de Dios agresiva. Pero esto no quiere decir que, gracias al “retorno de la religión”, en estos últimos años nuestro mundo se haya hecho más humano, ni siquiera más justo. No se puede evitar la impresión de que existe una cierta “neblina espiritual” que, por una parte, cubre proyectos políticos que empujan a cambios, y que, por otra, paraliza y da muerte a la irrupción de cualquier novedad prometidora. Y también, el actual clima político mundial parece cubierto, de manera alarmante, por lo religioso.

En este contexto, inesperadamente, recobra fuerza explosiva la aguda distinción de Bonhoeffer entre religión y fe cristiana: “Abre tu boca en favor del mudo” (Prov 31, 8). Que la Iglesia siga siendo la Iglesia de Jesucristo se decide en si se pone o no al servicio de las víctimas de la violencia y de la injusticia⁵. “En ello se decide hoy algo de importancia decisiva: si nosotros, los cristianos, tenemos suficiente fuerza para dar testimonio al mundo de que no somos soñadores ni vivimos en las nubes [...], de que nuestra fe no es realmente el opio que nos deja vivir felices en medio de un mundo injusto. [...] Sino que, precisamente porque ansiamos lo de arriba, tanto más protestamos convencida y perseverantemente sobre esta tierra”⁶.

La lealtad incondicional frente a las víctimas y la obligación de protestar —incluso cuando eso lleva al destino de Jesucristo— es la herencia de Bonhoeffer. Con ella están relacionadas las siguientes reflexiones que vamos a hacer a sobre el lamento como elemento esencial de una mística política.

Iglesia se formó una oposición, a la que también perteneció Dietrich Bonhoeffer. Se constituyó así la Iglesia confesante, en los sínodos confesionales de Wuppertal-Barmen, a principios de 1934, y de Berlin-Dahlem en octubre de 1934.

4. Carta a Erwin Sutz del 11 de septiembre de 1934, *Dietrich Bonhoeffer Werke* (en lo que sigue citado como *DBW*) 13, p. 204 y ss.

5. Cfr. D. Bonhoeffer, *DBW* 14, p. 421.

6. D. Bonhoeffer, *Predigt zu Kolosser 3, 1-4*, *DBW* 11, p. 444-453, aquí p. 446.

1. Quien se lamenta mantiene la esperanza

Una religiosa, a las pocas semanas de regresar de Sri Lanka, donde vivió la experiencia del tsunami, contó lo siguiente. Un niño de cinco años va al mar y grita con toda su fuerza: "Te odio, mar, porque me quitaste a mi mamá". Esta pequeña escena dice casi todo lo que se puede decir sobre el lamento humano, sobre el poder y la fuerza bruta de lo que amenaza y destruye la vida humana, sobre la experiencia de impotencia e inutilidad de "oponerse" al mar. Pero también lo dice todo sobre la fuerza, la vitalidad y la dignidad del lamento humano, tal como se expresan en el grito de ese niño.

"Ganar terreno al mar de la muerte muda"⁷. Con esta metáfora resumió Dorothee Sölle su comprensión de lo que es la teología. En ella aparece una primera y esencial dimensión del lamento. Los que se lamentan rompen el silencio paralizador y el espanto mudo. Claman contra el remolino de la muerte, que lleva a hundirlos en el aislamiento y el entumecimiento depresivo. Claman contra lo que destruye su identidad física, psíquica y social. Al nombrar su sufrimiento y las causas de ese sufrimiento, los seres humanos se liberan de jugar un papel pasivo de víctimas. Pero ocurre con gran dificultad, cuando no se trata de una inmensa fuerza natural, sino de autores concretos y, todavía con mayor dificultad, si los autores se atrincheran tras estructuras sociales, políticas y económicas de las que sacan provecho. Los supervivientes de Auschwitz, los traumatizados por la guerra y la tortura, las víctimas de abusos, todos tienen la experiencia de no poder hablar, y, antes, incluso la experiencia de no poder sentir, porque lo vivido supera los límites del dolor. Por eso, para sobrevivir, hay que distanciarse de y reprimir lo vivido, lo que se paga con la pérdida de parte de la propia vitalidad y de las propias opciones de vida. Pero si, tarde o temprano, se rompen los mecanismos de autoprotección, el lamento que sale de estos seres humanos es todo lo contrario a una mera queja y llanto. Es la lucha desnuda por la supervivencia. "Ganar terreno al mar de la muerte muda" es tarea difícil. Pero al "atravesar sufriendo"⁸ el poderoso mar del dolor, surgen islas de posible supervivencia. Durante los años del silencio estos seres humanos se perciben a sí mismos como inexistentes, como su propia sombra. Volver a encontrar su propio lenguaje significa, entonces, reconquistar su realidad de sujeto, la conciencia de su dignidad.

Los poemas de Paul Celan, de Nelly Sachs, también los de Pedro Casaldáliga, el obispo brasileño que está a favor de los sin tierra, son todos ellos islas lingüísticas, nacidas del acto de "atravesar el mar sufriendo". Ofrecen a sus autores —y también a los demás— opciones de vida y de resurrección. Ni siquiera

7. D. Sölle, *Leiden*, Stuttgart, 92003, p. 15.

8. Cfr. Nelly Sachs, *Fahrt ins Staublose*, Frankfurt, 1991, p. 272: "Entonces tengo que levantarme y atravesar sufriendo esta roca [...]".

cuando parece que esta lucha con el mar está perdida, como en el caso del suicidio de Paul Celan, las “islas de vida” conquistadas pierden nada de su validez.

¿Qué tiene que ver este grito contra el sufrimiento, esta “insurrección contra la muerte”⁹ con la oración y con Dios? El lamento es expresión de un dinamismo lingüístico, que intenta desesperadamente alcanzar a un tú, un tú que escucha, un tú compasivo y salvador. O mejor dicho, que el lamento sea dinamismo esperanzador sólo es posible por la confianza en ese tú, en un tú divino -también en los momentos de ira, de rebelión y de porfía. El lamento deja a Dios ser mayor, gritando, sin tabúes, sin escrúpulos y sin miedo, contra todo lo que pervierte su plan de creación. Es, textualmente, lo que clama al cielo. Es, en la negación, la alabanza del Creador. En el no rotundo a la vida deformada, el lamento se rebela contra todo lo que convierte a su “imagen y semejanza” en objeto de poder y de deseo, en mercancía, en animal llevado al matadero. Los que se lamentan son, precisamente, los que se aferran a la sentencia del Génesis: “Y vio Dios que era bueno”. Y se niegan a exponerlo al cinismo.

2. El lamento pone en marcha un movimiento de cambio

Los que se lamentan son fastidiosos, embarazosos; desconciertan y molestan. Es ahora secundario si gritan su propia miseria o si se convierten en “portavoces de los que no tienen voz”¹⁰. Pero esto apenas lo pueden hacer quienes no sienten el dolor. Romper con la apatía, con la incapacidad de sentir, es un proceso único e indivisible. El lamento lleva a la solidaridad con todos los seres vivos. El sufrimiento propio de la vida deformada nos hace ser sensibles hacia aquellos cuyas posibilidades de vida son recortadas o destruidas.

Carola Moosbach, abusada por su padre, durante la infancia, lucha por “un lenguaje de Dios que sea liberador y sanador”. Ese lenguaje se expresa en “oraciones de silencio y grito”, llenas de fuerza, cuya calidad poética está fuera de toda duda, y que, para muchos, se han convertido en el único “pan de supervivencia”¹¹. Sin embargo, la autora no consigue encontrar editorial para futuras publicaciones. “Siempre es mucho más seguro añadir al centésimo vigésimo tercer libro de angelitos el centésimo vigésimo cuarto. Los angelitos siempre venden, los churros también”¹².

James Nachtwey se considera un “fotógrafo contra la guerra” y documenta, a través de fotos en blanco y negro, los horrores de la década pasada: desde niños

9. D. Sölle, *Mystik des Todes*, Stuttgart, 2003, p. 61: “Una resurrección vivida significa rebelarse contra la muerte que no permite a la vida nada más que vegetar”.

10. Oscar Romero, que con toda su existencia se convirtió en tal voz, describe así la misión de la Iglesia, en su mensaje a la Comisión nacional de las Iglesias de Estados Unidos, en noviembre de 1979.

11. Cfr. C. Moosbach, *Lobet die Eine. Schweige- und Schreigebete*, Mainz, 2000.

12. De una carta abierta de Carola Moosbach de octubre de 2004.

enfermos de sida en orfanatos rumanos, hasta el genocidio de Ruanda, desde la miseria de los dalits, en India, hasta la cruel guerra de Chechenia. No en vano asocia su obra al infierno de Dante¹³. Hace fotografía desde la perspectiva de las víctimas, a quienes, muchas veces contra su voluntad, los protagonistas del conflicto han comprometido con el fenómeno de la muerte. Sus imágenes buscan romper el hastío de la miseria, luchar contra el embrutecimiento y la ceguera, y, a poder ser, llegar al fondo del alma de muchos seres humanos.

¿Por qué esas imágenes de Nachtwey, tan estéticas y llenas de sensibilidad, resultan casi insoportables? ¿Por qué es realmente tan difícil confrontarse con el lamento, prestar atención a las víctimas y dedicarse a ellas?

Ante ellas, obviamente, nos vemos obligados a enfrentarnos con nuestra propia vulnerabilidad. Nuestra ilusión de un mundo, más o menos en orden, se derrumba. Lo reprimido y oculto sale a la luz de la conciencia. La injusticia que campea en la oscuridad se hace pública. Lamento y acusación son inseparables. Donde el abuso y la violación ya no se silencian, entonces, en la fachada de la decencia aparece la mueca de relaciones explotadoras y asesinas. La mirada del niño somalí muriendo de hambre es una acusación de la destrucción, lenta y masiva, a manos del actual (des)orden económico, de la destrucción que las élites responsables asumen cínicamente y aceptan como “daño colateral”. “Cada día 100,000 personas mueren de hambre o de las consecuencias directas del hambre. Cada siete segundos muere un niño menor de diez años. Con los recursos disponibles, se podría alimentar al doble de la actual población mundial (o sea 12 mil millones). Hoy en día, un niño que muere de hambre es asesinado”¹⁴.

¿Qué pasaría si en este contexto nos arriesgáramos a pronunciar de nuevo el imperativo “abre tu boca en favor del mudo”? ¿No es este contexto, precisamente, el “lugar teológico” donde hoy tenemos que enfrentar el desafío de Bonhoeffer? “Ella [la Iglesia] callaba cuando hubiera tenido que gritar, porque la sangre de los inocentes clamaba al cielo. La Iglesia confiesa haber visto cómo se recurría arbitrariamente a la fuerza brutal, haber visto el sufrimiento físico y psíquico de innumerables inocentes, la opresión, el odio y el asesinato, sin haber levantado la voz en su defensa, ni haber encontrado caminos para acudir en su auxilio. Es culpable de lo que ha pasado con la vida de los hermanos más débiles y más indefensos de Jesucristo”¹⁵.

A nosotros, los cristianos, no nos suele parecer mal reconocer pecados del pasado. Este reconocimiento, sin embargo, sólo puede esperar perdón si se convierte en un desafío a nuestra práctica de hoy. Nosotros, los cristianos, o nos

13. J. Nachtwey, *Inferno*, Berlín, 2003.

14. Jean Ziegler, relator especial de Naciones Unidas sobre el derecho fundamental a la alimentación en la película “We feed the world”.

15. D. Bonhoeffer, *Ethik*, DBW 6, p. 129 y ss.

enfrentamos con la seriedad de Bonhoeffer a la dinámica asesina, que mueve nuestro mundo, o fracasamos en el momento decisivo. "Estar comprometido incondicionalmente con las víctimas de todo orden social"¹⁶ suena a exageración patética ante la claudicación de la política en favor de la economía. Nosotros, los cristianos, ¿no corremos el riesgo, una vez más, de perder el momento histórico, en el que ya no es suficiente "atar a las víctimas bajo las ruedas", sino que se nos exige "tirarnos, abalanzarnos a los radios de esas ruedas"?¹⁷.

Quienes sacan provecho de las estructuras injustas de hoy harán todo lo posible por frenar este proceso de desenmascaramiento. Con frecuencia, se acalla el grito de las víctimas, remitiendo a "la protección de los verdugos". De este modo, la transición de las dictaduras latinoamericanas a las "democracias" ha ido acompañada de una ola de amnistías generales. La condición previa a la paz debía ser el "perdón", "¡borrón y cuenta nueva!". Los verdugos de ayer son los dirigentes de hoy, de traje y corbata. Y este tipo de "perdón", que es más bien una forma de ocultar y rechazar la verdad, es exigido por los verdugos, en nombre de la compasión cristiana. Pero no hay compasión sin verdad, sin confesión de la propia culpabilidad y sin el fuego purificador del juicio. El mensaje cristiano de redención no es una "alfombra de espuma" para cubrir por igual a las víctimas y a los asesinos¹⁸. La madre de uno de los torturados hasta la muerte por los escuadrones de la muerte da en el clavo: "Con gusto perdonaría al asesino de mi hijo. Pero para ello, tendría que conocer su nombre, tendría que mirarle a la cara".

"La necesidad de dejar hablar al sufrimiento es condición de toda verdad"¹⁹. Prestar oído y dedicación al lamento de las víctimas es la condición para construir una comunidad humana; es el camino hacia una sociedad humana y justa. El lamento enfrenta a los autores del delito con su responsabilidad, y exige cambios. Donde se reprime el lamento, donde los heridos, los mutilados, los marginados no tienen voz, la vida común se construye sobre el fundamento podrido de la mentira.

Ningún pasaje de la Biblia puede encandilarnos con vanas esperanzas, ni puede relativizar las cosas o hacer que las veamos de color de rosa. La Biblia no nos enseña a aceptar y a soportar con paciencia el "destino", como si fuera ordenado por Dios, a encubrir a los poderes de la muerte y, de esa manera, a convertir a Dios en su cómplice. Dios ama a los que se rebelan en favor de la vida. En los "salmos de venganza", que tan escandalosos resultan a muchas personas, incluso la agresión y la ira encuentran su lugar legítimo, como fuerza vital y liberadora. A diferencia de quienes ante el sufrimiento ajeno se muestran "muy conmovi-

16. D. Bonhoeffer, *Die Kirche vor der Judenfrage*, DBW 12, p. 349-358, aquí p. 353 y ss.

17. *Ibid.*

18. En expresión de J. B. Metz.

19. Th. W. Adorno, *Negative Dialektik*, Frankfurt, 1994, p. 29.

dos”, pero siguen viviendo igual, en los salmos esta ira libera energía y fuerza para liberarse de los poderes esclavizadores y mortíferos; y, así, en las tradiciones proféticas, nos encontramos con la “santa ira” en favor de la vida, lo cual es también una paráfrasis del seguimiento de Jesucristo.

En un sermón de 1932, Dietrich Bonhoeffer nos sorprende con una exégesis atterradoramente actual de la parábola del ricachón y el pobre Lázaro. La interpretación que hace de ella impide toda posible huída de la responsabilidad histórica, que suele quedar justificada con el discurso de la “salvación sobrenatural”. Prohíbe la transformación del mensaje cristiano en “consuelo espiritual”, que narcotiza a las víctimas, y permite a los que “pasan la vida en grande”, seguir exterminando a los “Lázaros” sin escrúpulos, ni remordimientos. “¿Cómo justificar nuestra demente arrogancia para situarnos más allá de las cosas materiales que el mismo Cristo vio y tomó absolutamente en serio? Tenemos que acabar con esta espiritualización hipócrita y engañosa del evangelio. ¡Aceptémoslo como es u odiémoslo sin dar explicaciones! [...] ¿No es realmente cínico hablar de consuelo celestial porque no se quiere dar consuelo terrestre? [...] ¿No muestra eso que en el fondo no se toma en serio la miseria, sino que se la esconde tras frases piadosas?”²⁰.

La parábola del contraste escandaloso entre el hombre rico que disfruta al máximo y el pobre Lázaro, condenado a vegetar y a una muerte precoz, tal como la interpreta Bonhoeffer, no ha perdido nada de su fuerza explosiva; al contrario. También hoy nos confronta con la realidad del mundo contemporáneo sin maquillaje. Para ilustrarlo, los medios de comunicación nos ofrecen imágenes a diario. Lo que ocurre es que ya no nos conformamos con ignorar al Lázaro que está delante de nuestra puerta, sino que construimos nuevos “telones de acero” y combatimos, elegantemente, a los “espaldas mojadas” y a los “sin papeles” en las fronteras meridionales de Estados Unidos y Europa.

En este preciso contexto hay que recordar con Bonhoeffer que la parábola de Jesús se refiere a algo mucho más radical que a una mera exigencia moral de que los ricos deben ayudar a los pobres. “¿Quién es Lázaro? Siempre es el otro, el mismo Cristo crucificado, que se te aparece en mil criaturas despreciables. ¿Qué debe hacer el rico? [...] Debe ver que la muerte se encuentra detrás de él y detrás de Lázaro, y que Dios mismo, Cristo, está detrás de Lázaro y de la eterna buena noticia”²¹. El que se enfrenta realmente con Lázaro ve con espantosa claridad “lo que el hombre rico no ha visto, que su mundo es un mundo de la muerte”, y que Lázaro le atañe personalmente, sin poderlo evitar, pues son “hermanos de la muerte y del juicio”. En Lázaro se encuentra confrontado con toda “la seriedad

20. D. Bonhoeffer, *Sermón sobre San Lucas (16, 19-31)*, DBW 11, p. 426-435. Aquí 430 y ss.

21. *Ibíd.*, p. 434 y ss.

de lo que aquí entendemos por eternidad”²². No hay ningún “ser cristiano”, ninguna Iglesia si, sin detenerse, pasa de largo ante Lázaro. Quien lo ignora, se ha negado a sí mismo a Jesucristo, y ha decidido ya, definitivamente, sobre su destino eterno.

Bonhoeffer elabora con toda claridad la “proclamación escandalosamente concreta” de la buena nueva de Jesucristo. La salvación está garantizada, sin condiciones, a los pobres diablos, independientemente de sus “cualidades morales”: “Bienaventurados los marginados y las víctimas de la sociedad, ustedes, hombres y mujeres que no tienen trabajo, ustedes, los arruinados, los que se han quedado solos y abandonados, los que han sido violados y están sufriendo injusticia, ustedes los que están sufriendo en cuerpo y alma. Estén felices porque les invadirá la alegría de Dios [...]”²³. Esta noticia de alegría implica “la horrible parte contraria: [...] ¡Ay de ustedes, los que ahora están hartos, porque tendrán hambre! ¡Ay de ustedes, los que ahora ríen, porque gemirán y llorarán!”²⁴. Quien quita el aguijón a este mensaje “concreto” e “infantil”, quien desprecia este evangelio de los pobres, quien lo espiritualiza y lo sublima, traiciona el evangelio de Jesucristo. Es triste, y da que pensar, que las Iglesias oficiales tengan verdaderas dificultades con los que, de la manera más creíble, se han puesto del lado de este mensaje de Jesucristo, con los que, en el seguimiento de Jesús, han actuado en defensa de los Lázaros, con los que, por esa razón, comparten con ellos y con Jesús un destino violento. A Oscar Romero, defensor de las víctimas del régimen militar salvadoreño, los latinoamericanos veneran desde hace tiempo como un santo, pero, hasta el día de hoy, se le priva del reconocimiento como mártir, por parte de la Iglesia oficial. La explicación es la misma que dio el obispo luterano bávaro Hans Meiser, cuando se negó a inaugurar la placa conmemorativa, en homenaje a Dietrich Bonhoeffer, en la Iglesia de Flössenburg: se trataría de un caso político y no de un mártir cristiano²⁵.

Esto, inevitablemente, plantea serias preguntas al lenguaje de la teología y de la proclamación de la palabra. ¿No se ha dejado llevar la teología con demasiada frecuencia — y no sigue dejándose llevar, en el presente— por la obsesión de “dar sentido,” de “superar especulativamente el sufrimiento”? Sin embargo, el “sentido” que no se sufre por dentro, sino que permanece como “sentido” pensado desde fuera, difícilmente se puede distinguir de vanas esperanzas y cinismo. Una teología que no permanece junto a los que se lamentan, que no intenta con ellos “ganar terreno al mar de la muerte muda”, por muy ortodoxa que sea, no

22. *Ibid.*, p. 433.

23. *Ibid.*, p. 428.

24. *Ibid.*, p. 429.

25. Cfr. F. Eichinger, “Que sólo en este camino podía darme cuenta de esto [...]”, en “Reflexiones sobre la biografía teológico-política de Dietrich Bonhoeffer, en: J. Berger, *Bonhoeffer. Herausforderung eines Lebens und Denkens*, Viena, 2002, p. 53.

será “verdadera” en el sentido del evangelio. Frente al lenguaje de la teología “científica”, el lenguaje de las oraciones, enraizado en los salmos bíblicos, es mucho más “dramático y cautivador, más rebelde y menos desconsolador”²⁶. Así lo pone de relieve Johann Baptist Metz, y de este modo, está claramente en armonía con la experiencia de Bonhoeffer: “Escuchamos y decimos continuamente que la religión hace feliz al hombre, que lo vuelve armónico, tranquilo y satisfecho. Puede ser, eso es cierto para la religión. Pero para Dios mismo, para el Dios vivo, no es correcto, sino absolutamente falso”²⁷. Las oraciones enraizadas en la tradición bíblica se distinguen de la cursilería religiosa en que no ignoran el dolor, ni la impotencia, ni la ansiedad religiosa. “¿Dios mío, por qué?”. “¿Cuánto tiempo todavía?”. Este grito de los que sufren, que atraviesa la historia de la humanidad y que hace a los que sufren uno con Cristo crucificado, no queda reprimido en las oraciones de la tradición bíblica. Por eso, el lenguaje de esas oraciones es mucho más vivo y más divino que el lenguaje domesticado, teológico y eclesiástico.

También hay que examinar la práctica litúrgica. ¿Se acepta en nuestras misas “lo penoso, lo desagradable del lamento”? ¿Se abren “espacios comunicativos”, en los que hombres y mujeres se atreven a expresar lo que deforma y destruye su vida? ¿Se ofrece el tesoro de las tradiciones bíblicas, y de testimonios, para que ayude a la gente a encontrarse consigo misma, en su miseria y sufrimiento concreto, en este mundo, y a presentarlos ante Dios? El sacerdote Elí se preocupaba por el orden en el templo, y por eso prohibía que Ana se comportase de manera expresiva y desmesurada, llorando desesperadamente en público. Pero al final, Elí es capaz de aprender. Se abre, y abre también la casa de Dios a esta mujer, que abre su corazón ante Dios (*cf.* 1Sam 1, 9-18). La esterilidad litúrgica es más fácil y se controla mejor, pero, ciertamente, no se la puede legitimar basándose en la Biblia y en el ejemplo de Jesús.

Si en la liturgia y en la teología se priva a las víctimas de su derecho a expresarse, necesariamente se pervierte su lenguaje. Este se convierte en una fórmula inane, solemne y represiva. Dietrich Bonhoeffer conocía el peligro: “Nuestra Iglesia, que en estos últimos años ha luchado solamente por su supervivencia como si fuera una finalidad en sí misma, es incapaz de ser representante de la palabra reconciliadora y salvadora para los hombres y para el mundo. Por eso, las palabras que están en su origen, están condenadas a perder

26. J. B. Metz, “Gotteskrise”, en *Diagnosen zur Zeit* (con artículos de J. B. Metz y otros), Düsseldorf, 1994, p. 79.

27. D. Bonhoeffer, *DBW* 11, 378. Véase también la carta de Bonhoeffer a Renate y Eberhard Bethge, Nochebuena de 1943: “Es falso decir que Dios llena el hueco; no lo llena, lo mantiene vacío y de este modo nos ayuda, aunque bajo dolores, a mantener nuestra verdadera comunidad”, en *Widerstand und Ergebung*, *DBW* 8, p. 254-260, aquí p. 255.

su fuerza y a callar [...] Pero llegará el día en el que algunos volverán a ser llamados a pronunciar la palabra de Dios de tal manera que el mundo cambie y se renueve. Será un lenguaje nuevo, tal vez totalmente arreligioso, pero será un lenguaje liberador y salvador, como el lenguaje de Jesús"²⁸. Hoy, permanece la inquietante pregunta de si las Iglesias, después de Bonhoeffer, han ganado en competencia del lenguaje o si persiste dramáticamente la corrupción y destrucción del lenguaje que usan.

3. La dimensión mística del lamento

"Dios nos abraza a través de la realidad"²⁹. Esta frase es para mí una de las paráfrasis más hermosas de lo que la mística ignaciana propone como meta: buscar y encontrar a Dios en todas las cosas. En todo lo que nos rodea y lo que nos ocurre, en una charla amistosa, en la risa de un niño, en la experiencia reconfortante y liberadora de la naturaleza, en todo ello nos ofrece Dios su cercanía. Descubrir estas caricias de Dios con "atención cariñosa", ponerse ante ellas y dejar que ocurran, es un acto fundamental de la fe y de la encarnación de Dios. Y quien aborda esta "devoción" con ironía y arrogancia, sólo muestra sus déficits humanos.

Dejamos abrazar por Dios, a través de la realidad, forma parte de lo esencial de la vida humana; y esto, lo esencial, es "infantilmente difícil"³⁰. Es todo gracia, misericordia; es todo don. Pero hay que ensayarlo, practicarlo y luchar por ello. Aprender a orar significa aprender a sentir sensiblemente, físicamente, pero significa a la vez hacerse vulnerable. Quien ora se arriesga a tener que abandonar el edificio de las falsas seguridades, se arriesga a poner a un lado su sólido sistema mental. Muchas veces, eso ocurre en contra de resistencias enconadas. "Partir el hielo del alma". Con estas palabras de Franz Kafka³¹, titula Dorothee Sölle sus reflexiones sobre la poesía y la oración.

Las resistencias son comprensibles, pues permitir el abrazo de Dios a través de la realidad siempre es peligroso y arriesgado. Recuerdo mi llegada a San Salvador, la capital de El Salvador. Fue mi primer contacto con una metrópoli del "tercer mundo". Empeñé el viaje conscientemente, y teóricamente estaba bien preparada. Sin embargo, lo que en pocas horas cayó sobre mí, me derribó con un ataque de fiebre. Niños huelepegas, hombres alcohólicos y mutilados por la guerra civil, mujeres que trabajaban en el mercado con sus bebés, y todo esto bajo una nube de smog, ruido y calor. Intelectualmente —transmitido por los medios de comunicación— lo "sabía" todo, desde hacía tiempo, como sabía que

28. D. Bonhoeffer, *Reflexiones en ocasión del bautizo de Dietrich Wilhelm Rüdiger Bethge, Widerstand und Ergebung*, en *DBW* 8, p. 428-436, aquí p. 435 y ss.

29. Cfr. W. Lambert, *Goit umarmt uns durch die Wirklichkeit*, Mainz, 21999.

30. Cfr. J. B. Metz, *Ermütigung zum Gebet*, Freiburg, 1977, p. 34.

31. Cfr. D. Sölle, *Das Eis der Seele spalten*, Mainz, 1996.

la situación en lugares de guerra civil en África, y en muchos otros lugares del mundo, era todavía peor, incluso más mortífero.

Sin embargo, durante aquellas primeras horas, en San Salvador, los “conocimientos” que traían llegaron al alma: tomé conciencia de que a la mayoría de la humanidad se priva de los derechos humanos fundamentales (el derecho al agua, a la alimentación, a la educación y a la salud), de que la minoría privilegiada tolera indiferente la condena de los demás, la *massa damnata*, a la muerte precoz, y de que los pocos que se rebelan, están luchando por una causa perdida³². En estas primeras horas en San Salvador, se derrumbó emocionalmente mi ilusión de un mundo más o menos en orden y la ilusión de mi propia invulnerabilidad. Nunca antes la vida humana me había parecido tan frágil, tan vulnerable y amenazada. De todo ello caí en la cuenta aquellos días, cuando estaba en cama con fiebre: si la frase “Dios nos abraza a través de la realidad” es verdad, entonces tiene que ser válida incondicionalmente. Tiene que tener validez también donde la realidad parece ser una tremenda contradicción en contra de Él.

La pregunta permanece: ¿se puede vivir una tal experiencia de fe? ¿No enloquece dejarme liberar de mi incapacidad de sentir, estar de acuerdo con la deconstrucción del muro protector de mis ilusiones, abrir los órganos de mis sentidos, para dejar entrar la realidad sin filtros, dejar que ocurra en mí el abrazo de Dios? Con todo ello, ¿no me arriesgo a perder mi salud psíquica y mi capacidad de acción? ¿O puede ser un camino fructífero, un camino que nos conduce a la mística de la compasión, una mística de la “compasión arraigada en la pasión de Dios”?³³.

En la tercera semana de los *Ejercicios espirituales*, Ignacio de Loyola lleva al ejercitante a “esforzarse por sentir dolores, estar triste y llorar”. Hace pedir “dolor con el Cristo crucificado, lágrimas, martirio interno, por la tortura que Jesucristo sufrió por mí”³⁴. Como toda la piedad de la pasión cristiana en su conjunto, también la tradición de los ejercicios espirituales ha permanecido presa de una exégesis individualizante y limitada. Y de ello, el texto tampoco es totalmente inocente. Detrás de la cruz de Jesús desaparecieron de la historia de la humanidad los millones de torturados hasta la muerte. La fijación en el propio sufri-

32. Jon Sobrino lo pone de relieve una y otra vez: la humanidad está dividida en dos. Los pocos que dan la vida por supuesto, y los muchos que lo que no dan por supuesto es, precisamente, la vida. Cfr. J. Sobrino, “*Retung, die uns von unten zuteil wird. Einer wahrhaft humanen Menschheit entgegen*”, *Concilium* 42 (2006), p. 17-28.

33. En cuanto a esta expresión central en la teología de J. B. Metz, véase *Süddeutsche Zeitung* del 28 de setiembre de 2004, p. 17.

34. Ignacio de Loyola, *Ejercicios espirituales*, Traducido y comentado por Peter Knauer, Graz 1986, No 195 y No 203.

miento, en la culpa individual, no liberó ninguna energía para compartir los dolores de los demás.

Pero como escuela de compasión, los ejercicios espirituales podrían desencadenar una dinámica completamente distinta: dejarme conmover por los incontables gritos de dolor que hoy suben hasta Dios; llorar por mi participación en un mundo dominado por el afán de lucro, en el que, a pesar de posibilidades técnicas nunca vistas, se hace muy poco para detener el proceso doloroso de muchos seres humanos; dejarme introducir en el grupo de personas que comparten el mismo destino junto con Jesús, quien fue eliminado por los poderosos, porque desenmascaró el "pecado del mundo" y trastocó el orden establecido, elogiando a los que anhelan la justicia, trabajan por la paz y tienen el corazón puro.

En contra de la objeción psicologizante de que los ejercicios espirituales no harían más que seducir al ejercitante, hasta hacerlo caer en el sadomasoquismo, la verdad es, más bien, que están basados en la confianza de que la salvación no consiste en reprimir el dolor y el miedo, sino en dejarlos aflorar y enfrentarse a ellos. De esta forma, los ejercicios convergen con la poesía de Nelly Sachs, la cual se despliega como el acto de "atravesar sufriendo" el horror de la Shoah. "Sólo en el paciente trabajo de la tristeza, en el miedo del falso consuelo, en la vulnerabilidad permanente y en la memoria vulnerable, puede crecer una esperanza, trabajada en el sufrimiento"³⁵. Arriesgarse a la "mística de la compasión", lleva a la noche oscura de la fe, sufrida en activa pasividad. Con Jesús, nos lleva al huerto de Getsemaní, donde no se percibe nada más que el miedo y la desesperanza impotente, la participación en la agonía del mundo.

Volviendo a la imagen que hemos usado al principio, "esperar, gritar y amar contra el mar" parece estar condenado al fracaso. Pero, precisamente, este grito se convierte en el testimonio más creíble del Dios, que no deja naufragar en la muerte nuestro anhelo de la justicia, que nos lleva más allá de toda muerte inútil, que nos sostiene y nos ama.

Sólo algunos de los grandes desesperados
 amaron tanto
 que hicieron saltar, hecho pedazos, el granito de la noche³⁶.

En el martirio de Dietrich Bonhoeffer el granito de la noche se hizo pedazos.

35. G. Fuchs, *Im „Durchschmerzen“ des Leidens*, en G. Steins, *Schweigen wäre gotteslästerlich. Die heilende Kraft der Klage*, Würzburg, 2000, p. 168.

36. Nelly Sachs en „Flügel der Prophetie“, citado por D. Solle (Comentario N 30), p. 219.